

David Harvey, *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Blackwell Publishers, Massachusetts-Oxford, 1999, 2ª reimpresión.

En 1994 David Harvey asistió a la Universidad de Duke a una conferencia sobre la globalización de suma importancia e interés académico. En esa ocasión, en el mismo hotel donde se hospedaba en la ciudad de Durham, Carolina del Norte, había una reunión de oradores del grupo evangélico-pentecostal del sureste de EEUU, que despertó su curiosidad antropológica. Este evento ofreció al geógrafo marxista un escenario contrastante a aquél al que acudía, “lleno de angustia y tensión competitiva”. Entre la cordialidad y buen trato de los evangélicos, Harvey escuchó un mensaje de un orador que hizo referencia a las “creencias fundamentales” del grupo para mantenerse fuerte y unido. La idea de creencias fundamentales tintineó en Harvey y en tono bromista, el autor recuerda haberse cuestionado “¿qué pasaría si expusiera en la conferencia sobre globalización en el *campus* universitario una ponencia sobre creencias fundamentales? ...los deconstructivistas se irían con precisión a trabajar; los relativistas se mofarían animadamente; los de la teoría crítica se frotarían las manos pensando ‘esto no pasará’ y los posmodernistas dirían ‘¡qué dinosaurio!’” (p. 2).

Más tarde, también entre los evangélicos, escuchó otro discurso que aludió a la aparente necesidad del grupo de reformar los presupuestos racistas con los que se habían erigido anteriormente, a fin de ampliar su ámbito de influencia y penetrar entre los afro-americanos, sobre todo en los seguidores del movimiento de Farrakhan de la Nación del Islam en ese país. Esto último lo asoció con dos pasajes bíblicos —Eclesiastés (10: 2) y Mateo (25: 33)— que sintetizan la representación de la construcción social y geográfica de la diferencia. Según el primer texto, Dios colocó la sabiduría a la derecha y la torpeza a la izquierda, en tanto que en Mateo la versión se transforma, pues a la derecha están aquellos que heredaran el reino de los Cielos, mientras a la izquierda se ubican los condenados al fuego eterno del Infierno.

Con el relato de dicha experiencia Harvey introduce el argumento central y la metodología de esta extraordinaria obra. Bajo la convicción sobre cuán preciso es hacer un escrutinio profundo de las “creencias fundamentales” en aras de conducir un análisis crítico, Harvey se propone definir y comprender conceptos fundamentales como espacio-tiempo, lugar y naturaleza. Según explica, ello requiere de una base metafísica para la investigación. Metafísica, en su sentido tradicional, “se refiere al tipo de cuestionamiento crítico que permite el libre interjuego de pasiones, emociones, racionalidad e intelecto, más allá de la categorización restrictiva” (p. 2), de tal forma que se haga palpable e inteligible la complejidad de la vida física, biológica y social.

Asimismo, y siendo consecuente con su convicción de praxis científica, Harvey asegura que el escrutinio de los conceptos y teorías que intenta alcanzar tiene el propósito de alimentar compromisos políticos, entre ellos, el de fortalecer la búsqueda por alcanzar la

justicia social. Por ello, explica que es central entender la forma en que las diferencias geográficas, culturales, económicas, políticas y sociales son producidas. Partiendo de nociones críticas como desarrollo geográfico desigual, entendido éste como proceso constituido y constitutivo de otros procesos socio-ecológicos y político-económicos, el autor afirma debe cuestionarse la justicia de las relaciones desiguales para construir al final un argumento en torno a cómo el sentido de justicia es histórica y geográficamente constituido.

Esta obra nace justo en un contexto político-económico y académico de gran trascendencia. Por una parte, aun cuando queda un poco fuera de la discusión central de los años ochenta sobre la posmodernidad, se coloca exactamente en medio del intenso debate sobre la globalización y sus efectos, entre ellos los supuestos procesos de homogenización. A su vez, se encuentra en un escenario en el que el auge de nuevas tecnologías reforzaría más la dinámica de la compresión espacio-tiempo. Por último, está dentro del proceso de fortalecimiento, incorporación y expansión de las entonces "novedosas" nociones desarrollistas que incluyen la retórica de la sustentabilidad, participación social, eliminación de la pobreza y justicia social, así como en el centro del debate del ambientalismo.

El libro se organiza en cuatro partes que contienen cada una tres capítulos en promedio. La secuencia del argumento es compleja pero su elaboración, rica en detalle y profundidad teórica, conduce a reconocer la forma erudita en la que el geógrafo marxista abraza la complejidad de la vida social. En la primera parte, "Orientaciones", nos explica los orígenes de la noción de "particularismos militantes" destacando los fundamentos marxistas así como filosóficos de cómo observar el problema histórico de la agencia y estructura. En la segunda, "La naturaleza y el ambiente", nos introduce a problemas relevantes a la discusión del ambientalismo contemporáneo. En la parte tres, la más compleja y rica en elaboración teórica y reflexión metafísica, aborda la manera en que la construcción social del espacio y tiempo define formas locales que después asociará con el problema de los particularismos militantes y de la justicia social. Por último, la cuarta parte, "Justicia, diferencia y política", es el intento de vislumbrar esos mundos posibles que traza el autor conforme a la evidencia empírica de la desigualdad y su expresión geopolítica tanto en lo micro como en lo macro.

De ahí que el libro sea prácticamente un tratado que revisa los conceptos de naturaleza, medio ambiente, economía política, tiempo-espacio, lugar e identidad, con el fin de comprender las prácticas y los discursos que inciden en la geografía social de la diferencia, en el cambio social, así como en las políticas emancipatorias de los movimientos sociales contrahegemónicos, específicamente los ambientalistas y localistas, a los cuales el autor denomina como "particularismos militantes". A través de una profunda reflexión crítica Harvey revisa diversos paradigmas de la filosofía, las ciencias sociales y la biología y los pone a discutir con los presupuestos básicos de lo que él denomina el materialismo histórico-geográfico, con el afán de proponer bases para el análisis crítico en la exploración del cambio social como un problema central al debate de la agencia y estructura en un mundo globalizado.

En general, sus reflexiones y observaciones son sumamente relevantes en tanto discuten y sintetizan una teoría crítica de la producción del espacio, pero también porque ofrecen un marco metodológico para el estudio de tal producción, bajo la consideración de que ésta tiene un carácter contingente. De esta manera, Harvey elabora un "mapa cognitivo" que sirve para el estudio del cambio social en general. Divide tal mapa en seis momentos en los que los procesos sociales parecen cristalizarse en permanencias contingentes. Dichos momentos son el discurso-lenguaje, el poder, las relaciones sociales, las creencias-valores-



deseos, las instituciones-rituales y las practicas materiales (p. 78). Según explica, se debe dar cuenta de las relaciones dialécticas de estos momentos, pero él destaca la importancia de la dialéctica del discurso en relación con las prácticas materiales pues con ello es posible comprender ampliamente las condiciones de la posibilidad de los particularismos militantes o movimientos locales.

Por otro lado, hace hincapié en que para comprender la dialéctica del cambio es necesario reconocer no el cambio en sí, sino las fuerzas que le dan sentido y dirección. Identifica que estas fuerzas suelen estar permeadas por procesos de valuación, mismos que deben ser revisados en torno a los discursos y las prácticas materiales, tomando en consideración la relación dinámica que sostienen. Para Harvey es de suma importancia entender el proceso de evaluación de distintos órdenes de la vida social, cómo opera y en qué medida un panorama de valores relativamente permanentes puede o ha sido construido como pivote de distintas formas de acción socio-ecológica localizada. El dinero, por ejemplo, es un símbolo dominante en el proceso de evaluación que afecta a otros procesos de la misma naturaleza. El proceso de valuación del dinero, explica, transpira de forma simultánea un proceso de definición del espacio, tiempo, ambiente y lugar (p. 234). A su vez, las configuraciones de valores sobre la familia, el género, la religión, la nación, la etnicidad, el humanismo y varios ideales de moralidad y justicia, indican la existencia de diferentes y a veces antagónicos procesos de evaluación. La manera en la cual se ajustan estos procesos es el punto de las interrogantes. Por ejemplo, el poder del dinero puede sostener otros procesos de evaluación pero igualmente puede minimizarlos o entrar en conflicto con ellos. Esos conflictos son también foco de atención desde la perspectiva del autor.

De ahí que la teoría de la producción del espacio y lugar sea central a la discusión de la formación de las militancias particulares y de los procesos de valuación imbricados en ellas. En este sentido, Harvey destaca el concepto de lugar y señala que ésta debe ser una palabra clave en las ciencias sociales, entre otras cosas porque a partir de la construcción del lugar es posible reconocer la formación de identidades que dan cuerpo tanto a las movilizaciones políticas como a las políticas de exclusión. Ante esta dicotomía, hace hincapié en sostener una perspectiva crítica ante la formación, cada día más importante en el mundo globalizado, de particularismos militantes.

Ahora bien, las bases para comprender la producción del espacio recaen en el mapa cognitivo ya mencionado, entendido desde una perspectiva relacional, y destaca que la formación de lugares debe de comprenderse como un proceso en que las creencias, los valores, los imaginarios y las practicas institucionales y sociales están construidas de forma material y discursiva.

En lo que refiere a la naturaleza y los procesos de valuación que se desprenden en torno a ella, la crítica de Harvey es contundente. En principio explica que el discurso de la sustentabilidad, más allá de ocuparse del cuidado de la naturaleza y el medio ambiente en sí mismo, es un proyecto de reproducción de un orden social dado, es decir, del sistema de producción capitalista. Asimismo, apunta que más allá de evaluar la naturaleza como un elemento relacional en la forma de vida de las sociedades, el proceso de valuación en torno a ella está mediado por la relación que sostiene con el régimen de acumulación, es decir, que la naturaleza está valuada en términos de dinero, incluso prácticamente como una especie de capital ficticio, sobre todo en lo que refiere a los humedales y los bosques, y habría que agregar que más recientemente a los arrecifes coralinos. Ahora bien, como explica, el control de la naturaleza está necesariamente ligado al control sobre las personas, y de aquí se

desprende el dilema de la territorialidad y la política de la diferencia, pues si bien en algunos casos en la búsqueda de mundos posibles puede resultar movilizaciones de emancipación, igualmente se recrean procesos de exclusión social que derivan en injusticia social.

Por lo que hace al análisis de la justicia social, Harvey nos introduce a varios escenarios de diferenciación y exclusión en los EE. UU. para exponer cómo estos escenarios están inscritos geográficamente en los mapas cognitivos de los grupos y de que manera estas diferenciaciones se reproducen como permanencias contingentes. Igualmente manifiesta como en la era de la posmodernidad la idea de justicia social queda negada en pos de nociones universalistas, dirigidas ante todo al consumo de masas.

Por otra parte, la preocupación de Harvey por la justicia social parte de sus consideraciones personales sobre la posibilidad de evaluar la lucha anticapitalista, sea reformista o revolucionaria, como es el caso del movimiento de justicia ambiental. "Los valores inherentes a los procesos espaciales y las luchas por su cambio son simultáneamente una lucha por cambiar los segundos y viceversa. En este mundo los imaginarios humanos deben desplegarse en su fuerza más amplia en la búsqueda de cambio socio ecológico y político económico" (p. 12). Muchas de estas reflexiones parten del análisis de la obra de Raymond Williams y de la consideración marxista dialéctica sobre la exploración de mundos posibles. De hecho, toda su argumentación sobre la justicia va en este sentido, ya que para Harvey la justicia social debe pensarse como un universal pero al mismo tiempo como un proceso negociado en lo particular.

Sin duda esta obra debería convertirse en un libro de texto básico en las diferentes disciplinas sociales. La agudeza intelectual y crítica con que el autor conduce sus argumentos deja numerosas y relevantes reflexiones centrales a diversos debates de la globalización, el poder estructural y del problema socio-ambiental en el mundo contemporáneo, así como la invitación al compromiso por imaginar mundos posibles que nos conduzcan a escenarios más justos e incluyentes.

Ángeles A. LÓPEZ SANTILLÁN  
Doctorado en Antropología Social  
El Colegio de Michoacán, A. C.